

comprendemos estos cambios será difícil que podamos sacar enseñanzas de los viejos debates de la izquierda intelectual.

Roger Bartra

Universidad Nacional Autónoma de México

VERÓNICA OIKIÓN y MIGUEL ÁNGEL URREGO (eds.), *Violencia y sociedad. Un hito en la historia de las izquierdas en América Latina*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, El Colegio de Michoacán, 2010, 523 pp. ISBN 978-607-424-183-9

Quizá la obra más importante sobre los nexos entre violencia y civilización en el mundo occidental sea la que escribió Norbert Elias en 1939.¹ Analizando la historia de esta zona del planeta entre los siglos XIII y XIX observa que ha habido un enfriamiento de la agresividad de los seres humanos, un declive en sus deseos de atacar y dañar a otras personas como medio para obtener placer o poder. En la teoría eliasiana,² el control de la violencia física tiene dos motores: el monopolio de la misma que pueda alcanzar el Estado y el alargamiento de las cadenas de interdependencia, que producen contrapesos civilizadores. El primero se manifiesta de modo directo, por ejemplo con la prohibición del uso de armas y el castigo por emplear la violencia de modo indebido. El segundo consigue ese mismo efecto de modo indirecto, dado que la división del trabajo genera lo que Elias denomina controles recíprocos o multipolares (autocoacciones). No obstante, como han

¹ *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

² Véase también Norbert ELIAS, *Los alemanes*, México, Instituto Mora, 1999, en donde se analiza el siglo XX en Alemania.

observado Elias y Eric Dunning,³ en las sociedades modernas es posible también detectar a grupos segmentarios, poco integrados en las cadenas de la división social del trabajo, encerrados en figuraciones sociales que evocan en muchos aspectos las formas preindustriales de enlace segmentario (expresiones de fragmentación social) y que, consiguientemente, generan sutiles formas de masculinidad agresiva. Robert Muchembled⁴ retomó ampliamente estas ideas para analizar el fenómeno de la violencia en Europa occidental desde fines de la Edad Media hasta los disturbios de París en 2005. Observa que Elias explica bien la transformación de los guerreros en nobleza al servicio del rey. Pero ello funcionó para las élites. Pues si bien las clases bajas tendieron a imitarlas, no fue suficiente para quebrar su resistencia. Su pacificación necesitó también de lo que Michel Foucault ha llamado el “disciplinamiento de la sociedad”.

A la luz de las anteriores ideas es posible situar los alcances y limitaciones de la obra, fruto de la Primera Reunión Internacional de Historia de las Izquierdas en América Latina, cuyo tema central era violencia y sociedad, celebrada en Morelia en noviembre de 2007. Aunque se toca tangencialmente a las élites, la mayor parte de los 17 capítulos que la integran se concentran más bien en uno de los aspectos del “disciplinamiento de la sociedad”: el sometimiento de la izquierda guerrillera que abrazó las armas tras el impacto de la revolución cubana, pretendiendo emular el “foquismo” castrista-guevarista. Los siete primeros capítulos se ocupan del caso mexicano. A Guatemala y a Colombia se le dedican dos, respectivamente, mientras que a Uruguay, Chile, Argentina, Bolivia, Perú y El Salvador sólo uno, respectivamente. Son de extrañarse los casos de Brasil, Venezuela, Paraguay y la

³ Norberto ELÍAS, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

⁴ Robert MUCHEMBLOD, *Una historia de la violencia. Del final de la Edad Media a la actualidad*, Madrid, Paidós, 2010.

experiencia chilena (en el siglo xx) en América del Sur, así como la presencia de algunos de los países caribeños. Aunque ricos los capítulos sobre México, hubiera sido deseable un mayor equilibrio en la geografía de la violencia en América Latina.

Salvo un capítulo dedicado a la violencia rural en Michoacán, cuya experiencia será utilizada por el ejército para combatir la guerrilla en Guerrero, y otro que explora el interesante caso del grupo contrarrevolucionario de los “tecos” en Guadalajara y sus vínculos con las labores de inteligencia en la represión gubernamental a la izquierda en América Latina, cinco capítulos están centrados en las guerrillas rurales y urbanas que se suscitan en el país en la década de 1970, tras el impacto de la revolución cubana y, sobre todo, de la represión a los movimientos estudiantiles de 1968 y 1971.

En efecto, toda una generación de jóvenes quedó marcada para siempre por los movimientos estudiantiles de 1968 y 1971, pero sus posiciones fueron muy diversas. Algunos fundaron partidos de izquierda intentando democratizar al régimen y le apostaron al gradualismo, otros consideraron que no había otro camino que el de tomar las armas para construir un nuevo orden social. Fueron derrotados por una guerra sucia que implicó infiltraciones, torturas, innumerables desaparecidos y muertes. No obstante, sin habérselo propuesto, su lucha obligó al régimen a iniciar una reforma político-electoral que concediera una mayor apertura a la oposición que le apostaba al voto.

Con desiguales niveles de profundidad –dadas las fuentes utilizadas y los diferentes grados en que se encuentran las investigaciones que se dan cita en esta obra– los autores dan cuenta de los diferentes grupos que apostaron al camino de la violencia. Si bien la mayoría eran de una izquierda marxista bastante heterogénea, también los había del espectro del catolicismo: desde aquellos que eran cercanos a la teología de la liberación, que se sumaron a la Liga Comunista 23 de septiembre, hasta grupos contrarrevolucionarios como el de los tecos.

Es de llamar la atención que mientras en América Latina la represión fue pública y abierta, en México fue encubierta y trató de ser disimulada y minimizada por los principales medios de comunicación masiva, que apoyaron al Estado. Se articula así la violencia física con la simbólica. La estrategia de esa guerra sucia fue infiltrar a las organizaciones de izquierda para detectar a sus principales dirigentes y luego eliminarlos.

Como se afirma en uno de los ensayos, la “guerra sucia” es “el capítulo de máxima violencia del poder establecido contra la oposición desde la rebelión cristera” (p. 100). Los guerrilleros no lograron sus objetivos, pero “generaron su propia esfera de acción política en un reducido espacio, marginal y proscrito, vertical y saturado de reglas militares, pero al fin de cuentas, construido por la libre autodeterminación de sus miembros” (p. 106). Ahí pudieron construir un “nosotros” autónomo, logro nada despreciable en una época marcada por el autoritarismo. Es así como los guerrilleros pueden ser vistos como grupos segmentarios que se sentían poco integrados a la sociedad a la que pertenecían y se abren a juegos de “masculinidad agresiva” no sólo contra sus enemigos (el Estado, la burguesía, el imperialismo) sino también contra aquellos de sus miembros sospechosos de “colaboracionismo” (“ajusticiamientos internos”).

En lo que concierne a los casos de América Latina, los episodios de violencia registrados están en íntima conexión con las deficiencias en la formación del Estado-nación, que produce procesos decivilizatorios o de barbarización, así como con la desigualdad social en cada país.

Así, el capítulo dedicado a Uruguay muestra los ciclos de violencia en la historia de ese país. Dos principios de la memoria colectiva los animan: el antimilitarismo y la vocación democrática de la sociedad: “el derecho a la revolución”. El grupo guerrillero de los Tupac Amaru reivindica esta memoria colectiva para enarbolar su discurso y derecho a utilizar la violencia en la década de 1970.

En cambio, la forma en que se aborda el caso chileno, la percepción en la prensa conservadora del “rojismo” a fines del siglo XIX, tiene muy poco que ver con el tema central que exploran todos los capítulos (los nexos entre violencia y sociedad en la época contemporánea). ¿Cómo se conecta el “rojismo” con la violencia en Chile en el siglo XX? Es una pregunta no respondida.

José Carrillo da cuenta del nacionalismo y las protestas estudiantiles en Guatemala en 1962, así como el modo en que ello se articula con el impacto de la revolución cubana y el surgimiento de grupos guerrilleros. Sentimientos nacionalistas y antimperialistas se funden con la ideología socialista en los jóvenes que se movilizan a principios de la década de los sesenta reclamando la soberanía de Guatemala sobre Belice, en manos británicas. A raíz del golpe militar de 1963 se inicia un militarismo que no cesará sino hasta 1985, lo que aunado al surgimiento de grupos guerrilleros dará lugar a un ciclo de violencia bastante prolongado (la guerrilla no depondrá las armas sino hasta 1996). Guatemala aparece en los años sesenta como una sociedad segmentada: un nacionalismo ladino que enfatiza la identidad con base en los blancos, mestizos y mulatos, pero que excluye a las comunidades indígenas. Los jóvenes guerrilleros se apoyaran ante todo en estas últimas.

Aunque Verónica Oikión se propone rescatar la trayectoria de la michoacana Eunice Campirán y su incursión en el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre en Guatemala, su ensayo logra mucho más que eso: analiza la forma en que se articula el “castrismo” y el trostkismo en la guerrilla guatemalteca. Por medio de las redes de Campirán y su esposo, David Aguilar Mora, la autora da cuenta del espíritu rebelde e internacionalista de los jóvenes de la época en su lucha por una sociedad socialista (registra el modo en que se autopercebían y proyectaban sus utopías). Usando fuentes de primera mano explica la respuesta represiva tanto del gobierno mexicano como del guatemalteco (cómplices en la tortura y desaparición de jóvenes guerrilleros como David y Eunice). Ambos

estados, concluye, ejercieron una “violencia terrorista” que violó los más elementales derechos humanos.

Miguel Urrego describe los ciclos de violencia en Colombia desde la década de 1940. Su trasfondo se encuentra en el intenso faccionalismo de las élites políticas (conservadores contra liberales) en los años cuarenta que dio lugar a una espiral de violencia. Aunque en 1957 pactan para sucederse en el poder, es demasiado tarde para ponerle fin en las zonas rurales, especialmente en los valles orientales. Pero las divisiones en la clase política también se manifestaron en la izquierda. El foquismo llevó a la creación de guerrillas en los años sesenta que —riñendo entre sí por el control del territorio— se van descomponiendo al subordinar lo político a lo militar y al usar medios de financiamiento poco éticos (secuestros, robos y terrorismo, hasta abrirse paso al narcotráfico). La elección de Álvaro Uribe se fincó en el rechazo de la sociedad al secuestro y al terrorismo de la guerrilla. La fragmentación de la sociedad colombiana también se expresó abajo, especialmente en el campesinado, envuelto en sus propias incesantes *vendettas*. Todos los anteriores procesos de barbarización fueron reforzados por la gradual penetración del narcotráfico en la sociedad colombiana.

Las épocas de enormes crisis sociales son también de intensa experimentación. Mónica Zuleta y Alejandro Sánchez ofrecen una muestra de ello. En la sociedad colombiana se dieron cita también marxismo, teología de la liberación y ciencia social. Seguidores del sacerdote Camilo Torres Restrepo, que fundó su propio grupo guerrillero y fue muerto en combate, postulan la metodología de la Investigación Acción Participativa, que equivalía a la unión de ciencia y militancia para alcanzar la liberación de las clases oprimidas, en vez de demandar su incorporación al desarrollo (pues no puede haber desarrollo si primero no hay liberación). Orlando Fals Borda, también sacerdote, fue el principal artífice de tales ideas, que revolucionaron el pensamiento social en América Lati-

na desde fines de los años sesenta. En la actualidad, dicha metodología goza de gran prestigio. Fue así, aducen los autores, como se dieron cita religión, ciencia y revolución. Los críticos de Borda afirman que su postura militante ha llevado a bloquear la formación del Estado-nación, al radicalizar lo religioso y fragmentar aún más a la sociedad colombiana y propiciar sus ciclos de violencia.

Gustavo Rodríguez examina los grupos guerrilleros en Bolivia en 1963-1970. Argumenta que la revolución cubana trató de ser exportada mediante el foquismo a otras naciones para no quedar aislada. Para ello fue central el papel de Ernesto Guevara (“el Che”), tanto mediante sus escritos como de sus acciones. 1963, 1967 y 1970 son tres diferentes fases vividas por el foquismo y su internacionalismo. La diferencia en cada una de ellas es el modo en que se concibe al territorio y se enarbola su *locus* político. El autor no pierde de vista que Estados Unidos, por medio de la CIA, asesoró la represión del ejército boliviano a las guerrillas guevaristas. Las masas campesinas, por su parte, no apoyaron a estas últimas. Fueron presionadas por el ejército para abastecerlo y denunciar a guerrilleros.

Daniel Cieza postula que la represión en Argentina entre 1975 y 1982 alcanzó alrededor de 30 000 víctimas, “y sólo puede compararse por su gravedad con el episodio guatemalteco” (p. 406). Su ensayo resume las conexiones entre capitalismo y Estado, racismo y civilización, que han dado lugar a varios ciclos de violencia en esa nación. A mi modo de ver, a diferencia de Colombia, en Argentina parece haber habido mayor unidad de las élites políticas, empresariales y militares contra las clases subalternas. El autor, sin desconocer que también ha habido violencia de estas últimas, aduce que la de las primeras ha sido instrumentalizada a mayor escala (hasta el exterminio de indígenas en el siglo XIX o de cuadros dirigentes populares en el siglo XX) y siempre ha contado con el respaldo del Estado, fomentando oleadas de barbarie.

María del Carmen Díaz da cuenta del discurso político del grupo subversivo Sendero Luminoso en Perú entre 1980 y 1992. La violencia en este periodo (que alcanzó la cifra de 69 280 muertos) muestra un problema irresuelto en Perú: la formación de un Estado nacional. Considera que Sendero Luminoso nace en el marco de los conflictos centro-periferia (Sendero arraigó en las regiones rurales más atrasadas del país), agravados por la crisis y miseria de la década de 1980. El discurso de Sendero planteaba que no importaban los muertos porque con su sangre se riega el futuro. Enfatizaba el martirio y la muerte como rasgos heroicos. Los “libros sagrados” del marxismo-leninismo y el maoísmo, interpretados por su infalible líder Abigael Guzmán eran la base irrefutable de su ideología y estrategias. El énfasis en la violencia estaba vinculado a la subordinación de lo político a lo militar. Tanto el Estado peruano como Sendero se enfrascaron en un ciclo de violencia que arrastró consigo a las comunidades rurales, en especial indígenas (donde arraigaron las principales bases del senderismo). Éstas, cansadas de la violencia, pronto dejaron de apoyar a Sendero.

El libro se cierra con el trabajo de Alberto Álvarez, quien analiza al grupo guerrillero salvadoreño Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), fundado en 1980, hasta su transformación en partido político, tras el fin de la guerra civil en 1992. Por la vía electoral conquistará en 2009 el poder presidencial. Sin embargo, en el camino tuvo que dejar muchas cosas: el uso de la violencia, construcción del socialismo, amplia reforma agraria. El FMLN pasó así de priorizar lo militar a darle más importancia a lo político y a la vía democrática.

Tenemos así un rico mosaico de los ciclos de violencia que han experimentado diversos países latinoamericanos. Todos ellos entrelazados con las dificultades de la formación del Estado-nación y el problema de alcanzar un desarrollo más inclusivo que abata las profundas desigualdades sociales en la región. Los ensa-

yos aquí reunidos no tienen un eje teórico común y enfocan sus problemas desde ángulos diferentes; ello no es una limitación sino una virtud. Se trata de un libro que atrapa de inmediato al lector por la manera ágil y amena con que está escrito. A la vez, representa una invitación a profundizar en un tema que hasta ahora ha sido descuidado por las ciencias sociales y los historiadores. Salir de los actuales ciclos de violencia por los que pasan varias naciones de nuestro subcontinente implica también una profunda comprensión de su naturaleza, sólo así podremos ser capaces de diseñar un entramado institucional que los encapsule y promueva mayores niveles civilizatorios.

Enrique Guerra Manzo

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

Historia mínima ilustrada. La educación en México, México, El Colegio de México, 2011, 395 pp. ISBN 978-607-7844-11-2

Este libro recientemente editado por El Colegio de México recoge uno anterior titulado *Historia mínima. La educación en México*, México, El Colegio de México, 2010, 261 pp. y le agrega un valor que lo hace una historia distinta: incorpora la imagen como fuente. Es más que una ilustración que “embellece” el libro finamente editado; son interpretaciones complementarias, que aunque no se comentan ni interpretan, hablan por sí solas en 172 ilustraciones, como síntesis del propio texto. Más que una historia mínima, es una historia viva de la educación, un campo que como pocos, tiene rostros y aquí predominan los rostros de los principales actores: los niños.

Las historias generales de antigua data, aquellas escritas para un público amplio, entraron en desuso en el medio historiográfico